

de su estridente ideario imperialista, ni que las burlas y el desprecio le acompañaron durante los casi veinte años en que estuvo en el cargo (uno se resiste a utilizar el verbo «disfrutar» en su caso, aunque no parece que las parodias hicieran mucha mella en su armadura de patricio victoriano).

Como en el caso de los Nobel, asimismo, puede decirse que la mayoría de estos poetas llegaron al cargo en el ocaso de su carrera, con lo mejor de su producción consignado en un receso del pasado. Sólo Dryden, Tennyson y Ted Hughes fueron capaces de sobreponerse al aura esterilizadora del título, pero algo tuvo que ver con esto su juventud: Tennyson tenía sólo cuarenta años cuando sucedió a William Wordsworth; y Hughes fue nombrado *Laureate* a los cincuenta y cuatro años. En realidad, ambos destacan por haber conferido al título una cierta dignidad, que en el caso de Tennyson tiene que ver con su condición de patriarca de las letras victorianas. Tennyson fue Poeta Laureado durante más de cuarenta años, y es difícil concebir una compenetración mayor entre la sensibilidad del escritor y la de su época: al igual que las novelas de Dickens, los poemas de Tennyson son a un tiempo reflejo y monumento de la sociedad que los sostiene. La obra de estos dos gigantes de la literatura inglesa es la expresión de una etapa de máximo acuerdo entre la imaginación artística y las exigencias sociales, antes del gran cisma de la vanguardia. Para que este acuerdo no fuera momentáneo, Tennyson se vio obligado a forzar la nota, a ensayar un registro leonino y trompetero capaz de celebrar las glorias del Imperio Británico y la unidad de destino en lo universal de una sociedad hondamente fascinada por el devenir de su ombligo: la tensión intermitente que se vislumbra bajo la retórica de sus poemas es un indicio del malestar y las hondas contradicciones que ya minaban la sociedad victoriana, pero en general Tennyson supo mantener el tipo, inyectando dosis adecuadas de lugares comunes a sus arrebatos emocionales. Cuando Kipling, años más tarde, quiso heredar el manto bárdico de Tennyson, las circunstancias habían cambiado irremediablemente: la expresión triunfalista no esconde el temblor histérico del que adivina grietas a cada paso. Aunque Kipling dio nueva vida a la poesía de corte oficial (convirtiéndose de este modo en una suerte de laureado oficioso), no pudo ignorar la realidad: su mérito consistió en sustituir las ficciones rapsódicas del romanticismo tardío por las formas de origen popular como la canción o la balada narrativa, para las que estaba singularmente dotado, y que le ayudaron a conectar con públicos muy diversos.

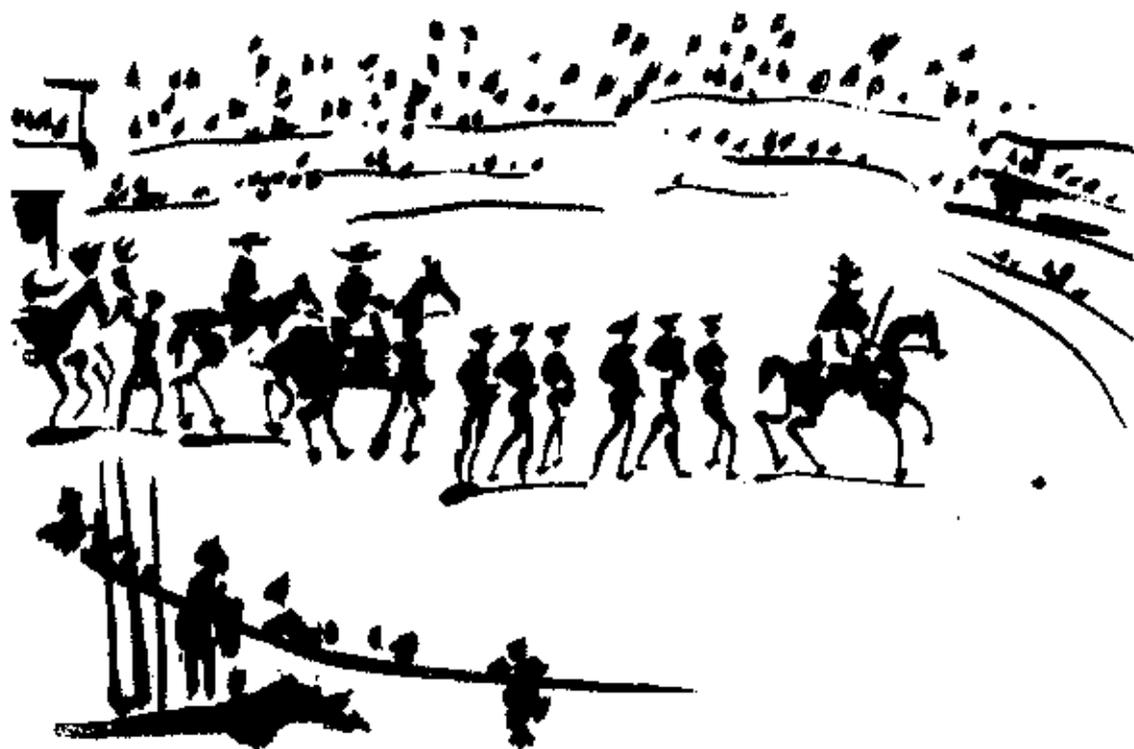
El interés de periodistas y literatos por encontrar un nuevo *Poet Laureate* a estas alturas de siglo se debe en gran medida a los buenos oficios de Ted Hughes, que ha sido capaz de dar lustre y credibilidad a un título de imposible anacronismo. El mismísimo Derek Walcott, que no tiene por costumbre descender de sus cumbres olímpicas, ha afirmado en un par de

diarios londinenses que aceptaría gustoso el cargo, justificando su decisión como un homenaje a Ted Hughes: «Si aceptara el cargo, mi decisión tendría mucho que ver con mi afecto y admiración por Ted.» Astutas palabras en una atmósfera que gusta de los gestos sensibleros, incluso si, como en este caso, son genuinos.

Las circunstancias que rodearon el nombramiento de Ted Hughes, en 1984, forman ya parte de la historia literaria de este país. El primer candidato de la señora Thatcher fue Philip Larkin, otro laureado oficioso que expresó con particular acritud la entraña abúlica y conservadora de la Inglaterra contemporánea. Pero Larkin, tras mucho pensarlo, declinó el ofrecimiento: tal vez sentía ya la inminencia de la muerte, que le llegaría un año después; tal vez, como expresó en una carta a un amigo, no se sentía particularmente inclinado a celebrar el nacimiento o la boda de nadie. El caso es que el ofrecimiento fue a parar a Ted Hughes, que lo aceptó graciosamente. En realidad, fue aún más allá, pues el autor de *Cuervo* no dudó en interpretar la figura del *Laureate* en los términos vagamente antropológicos que alimentaron su poesía, y que son tal vez lo más prescindible de un ideario literario de moderada excentricidad: según Hughes, el *Poet Laureate* era un sucesor secularizado del bardo o el chamán, un portavoz de las aspiraciones inconscientes de la tribu. Muchos, al oírlo (y entre esos muchos me apetece imaginar a la presente familia real), debieron hacerse preguntas sobre la salud mental del poeta. Pero las declaraciones de Hughes no sorprendieron a sus lectores; desde siempre, su poesía mostró una fuerte preocupación por las raíces culturales de Inglaterra, por los elementos geográficos e históricos que han conformado la nación inglesa. Mucho hay de jungianismo tendencioso en su idea de una psique colectiva a la que sólo el poeta tiene acceso, pero aun así su entusiasmo contrasta abiertamente con el escepticismo anárquico de Larkin.

En cualquier caso, la reputación literaria de Ted Hughes es sólida, y ha resistido incluso la desafortunada publicación de un volumen con sus poemas de ocasión, *Rain-Charm for the Duchy*, que vuelve a demostrar, por si fuera necesario, la imposibilidad de revivir la poesía de corte oficial, incluso cuando el poeta actúa movido por impulsos genuinos. Va a ser difícil encontrarle un sustituto, puesto que ninguno de los jóvenes poetas ingleses que la prensa alinea con afán propagandístico tiene su talla. Por si esto fuera poco, Seamus Heaney ha dejado clara su filiación irlandesa, Walcott carece de la nacionalidad británica, Geoffrey Hill y Charles Tomlinson no aparecen en las apuestas, y un número apreciable de poetas se han declarado fervientes republicanos. Ante este panorama, no es extraño que Tony Blair haya tardado más de cuatro meses en elegir un sucesor. Tal vez lo mejor, después de todo, fuera hacer caso a sus ministros y elegir a Sir Paul

McCartney. O a Elton John, cuyas melodías amenizaron el entierro de una princesa de telenovela. Es lo que corresponde a una sensibilidad cada vez más degradada, que no concibe la lengua sino como instrumento de un deseo sin objeto ni destino. A quienes hablan con palabras prestadas no se les puede pedir que distingan las voces de los ecos. Pero ellos salen ganando: en ese mundo tan estrecho del populismo, poblado de consignas y muletillas para todos los gustos, es imposible perderse.



Picasso: *Paseo de cuadrillas*